

La rebelión pagana

por Carlos F. Heredero*

Ficha técnica

Moby Dick,
de Herman Melville.

Versión cinematográfica
Moby Dick (1956).

Dir. John Huston. Prod. Warner/
Moulin (John Huston) (Gran Bre-
taña, 1956). Intér. Gregory Peck,
Richard Basehart, Orson Welles.
Disponible en vídeo.

Hay historias que necesitan reposar y sedimentarse, descansar en el lecho de la imaginación, crecer en la cabeza de sus autores, alimentarse de la experiencia vivida o pasear en compañía del inconsciente. Las hay que surgen de sueños placenteros y las hay que nacen de pesadillas turbulentas. Las hay que hierven al calor de una lumbre hogareña y las hay que crepitan en las llamas del averno. *Moby Dick* pertenece a estas últimas, por más que un origen tan abrasivo no le haya impedido arraigar con fuerza entre los mitos que la ficción narrativa ha fecundado en el imaginario de los sueños infantiles.

Para el mismísimo Herman Melville, sin embargo, estaba claro que, incluso en el momento de publicar su novela (1851), la pesadilla de Ahab y de su Leviatán particular todavía seguía en ebullición: «La historia no está cocida todavía, aunque el fuego del infierno en el que todo el libro bulle debería racionalmente haberla cocido hace ya mucho tiempo», como el escritor le contaba en misiva particular a su amigo Nathaniel Hawthorne, a quien le dedicó el libro. Pretendía quizás el novelista que el fuego demoníaco trabajara *racionalmente*, y de esta perturbadora aspiración —cons-

ciente o no— emerge todo el misterio de lo que José Luis Garci, en su estudio sobre Ray Bradbury (guionista de la película), considera como «el relato íntimo de un largo viaje a las regiones inexploradas del espíritu humano».

La adaptación: un reto para Huston

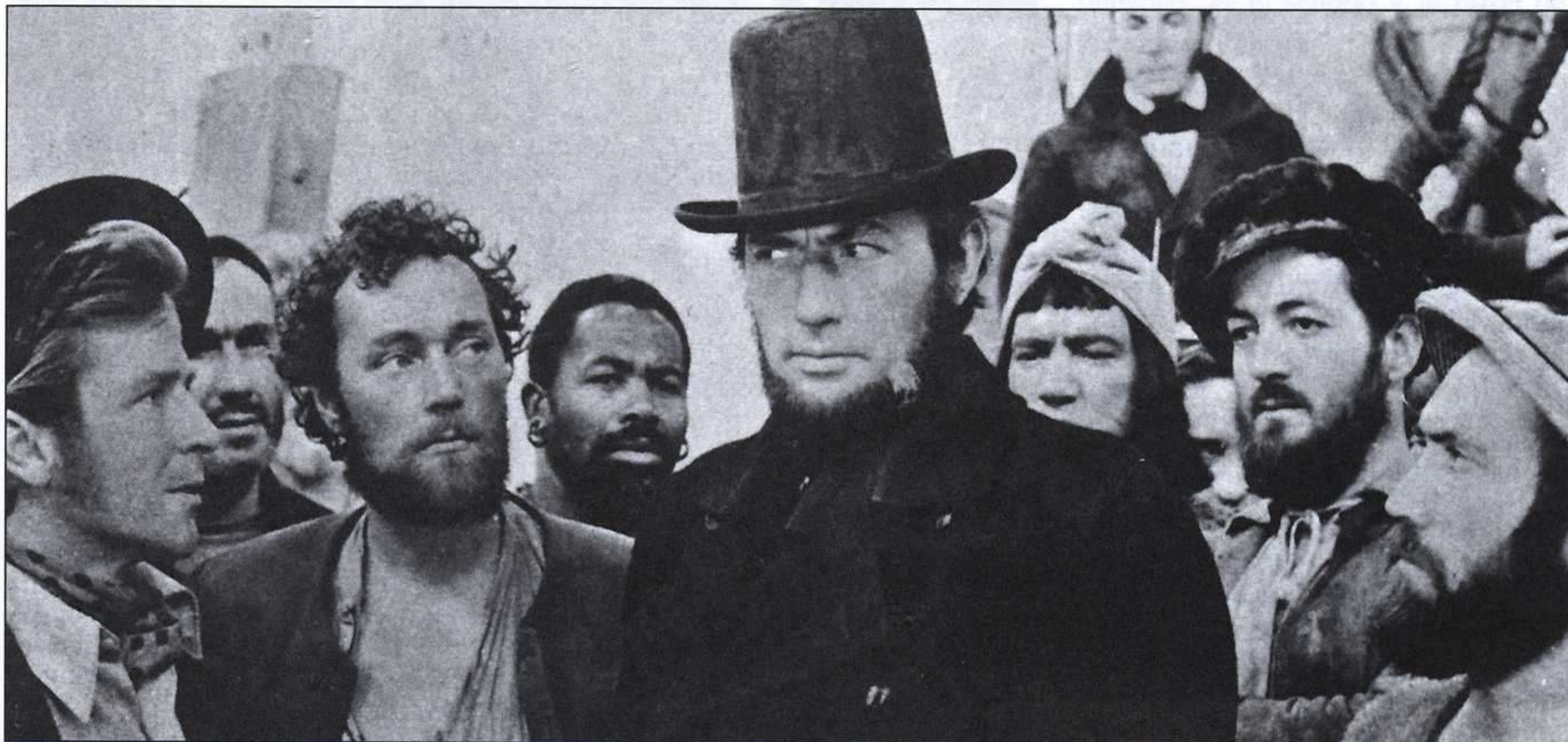
Era inevitable, por tanto, que semejante viaje prendiera en la cabeza y en la personalidad de John Huston,



MOBY DICK, JOHN HUSTON (1956).



MOBY DICK.



Huston recurrió al Ray Bradbury para escribir la adaptación al cine de la obra maestra de Melville.



El director pensó primero en su padre, Walter Huston, para el papel de capitán Ahab.

aventurero existencial y cronista lírico de causas imposibles condenadas a la derrota. El mismo director que antes había rodado *El tesoro de Sierra Madre* (1947) y *La reina de África* (1952), y que posteriormente filmaría *Paseo con el amor y muerte* (1969) y *El hombre que pudo reinar* (1977), tenía que sentirse atrapado por el vértigo de un relato que, para él, no ofrecía dudas:

«Se ha discutido mucho sobre el sentido de esta novela, a la que se ha preferido tener siempre como algo enigmático y misterioso; pero, en lo que a mí concierne, no existe el equívoco: se trata, blanco sobre negro, de una enorme blasfemia, y Ahab es el hombre que ha llegado a tomar conciencia de la impostura divina.»

Dos años de su vida, después de muchos otros *cociendo* la novela en su cabeza, acabaría empleando Huston en su empeño por apropiarse de aquella fábula desafiante, de ese «vibrante poema épico en prosa» (García, de nuevo), en cuyas entrañas románticas y alucinadas había encontrado un reto al que no podía sustraerse. Se había imaginado una película interpretada por su padre, pero la muerte del en-

CINE Y LITERATURA



MOBY DICK

que se rebela con toda su razón razonable contra Dios [...]. Éste fue para mí el punto hacia el que traté de enfocar toda la película». Y así es como los avatares de una expedición ballenera, que zarpa de Nantucket a bordo del *Pequod*, hacia el año 1840, terminan por convertirse en un desafío laico y humanista frente a la representación del absoluto. En definitiva, un combate trazado, simultáneamente, desde el ímpetu vital y desde la reflexión paralela que destilan unas imágenes henchidas de fisicidad y de filosofía.

Esta aleación atípica es la que, frecuentemente, ha despistado a muchos espectadores de una película en la que el brío y la fuerza narrativa, el ímpetu y la progresión dramática, ceden en ocasiones ante la recreación de una atmósfera romántica o ante el contagio

trañable Walter Huston le hizo aparcar el proyecto hasta que, en 1955, presenció una adaptación para el teatro realizada por Orson Welles. El crepitar de las llamas volvió a refulgir entonces con renovada fascinación.

La adaptación final para el cine surgiría del encuentro entre un Huston vitalista, estentóreo y arrollador, con un Ray Bradbury tímido, recatado y de conversación exasperantemente prosaica. «Para él, Júpiter es como el café de la esquina..., y sin embargo es capaz de escribir historias fantásticas», decía el cineasta, al mismo tiempo que, mientras escribían juntos el guión, se pasaba el día diciendo que no descansaría hasta que el vino, el juego y las mujeres llevaran a Bradbury a la tumba. De tal confrontación habría de salir, finalmente, la base literaria que daría cuerpo después a los cimientos de las imágenes.

La historia del arponero en lucha contra el monstruo marino reforzó así la lectura que ya proponía Melville en sus páginas: «Ahab es el hombre que odia a Dios y que ve en la ballena blanca el rostro pérfico del Creador», decía Huston, pero «yo pienso que se trata de un capitán cualquiera, de un hombre lleno de dignidad y de fuerza,



MOBY DICK



En palabras de Huston: «Moby Dick es una blasfemia».

de la reflexión filosófica. El dinamismo y la transparencia geográfica del filme de aventuras deben convivir aquí con un cierto nivel de abstracción poética y cromática (hay un deliberado y expreso *vaciamiento* del color), con una descripción seca y austera de la acción que no deja mucho espacio, ni siquiera en el encuadre, para la épica ni para la emotividad.

Un mito rescatado para el cine

Semejante planteamiento convierte a *Moby Dick* en una película ciertamente extraña, incluso para las coordenadas habituales de la aventura física y moral en versión Huston. Un extrañamiento que no implica, eso sí, infidelidad alguna al punto de vista desde el que el autor de *Vidas rebeldes* (1961) contempló siempre el camino recorrido por sus héroes: figuras

errabundas y solitarias en persecución permanente de un ideal que nunca alcanzarán, pero cuya búsqueda confiere sentido a sus vidas porque les permite reconciliarse con ellos mismos y porque les devuelve su identidad perdida.

Así es también el Ahab de Huston, interpretado con sobriedad por Gregory Peck. Su meta no es el oro, ni la libertad, ni el mar, ni las riquezas (quimeras perseguidas por otros protagonistas de sus películas), sino la caza y la muerte de la ballena blanca, de la deidad que le obsesiona y cuya persecución, o más bien el propio itinerario de ésta, le permitirá encontrar al capitán el verdadero sentido de su existencia. Lo de menos, entonces, es la confianza o el escepticismo de Ahab en el éxito de su empresa. Lo que verdaderamente importa en esta crónica de una rebelión pagana, conducida hasta más allá de las fuerzas

humanas, es el sentido y la razón de ser del levantamiento y del combate, por desigual que éste sea.

Las imágenes de Huston acentúan, por otro lado, el carácter existencial y algo apocalíptico de la aventura mediante ciertas composiciones góticas, las brumas casi físicas en las secuencias de New Bedford, la tonalidad oscura y amenazante del mar o los ecos religiosos que preñan algunos rincones de la puesta en escena. Una representación, en definitiva, que confiere a la película su propia personalidad y que acaba por independizar su discurso y su textura de la novela de Melville para formular sobre la pantalla un mundo narrativo y visual autónomo. A fin de cuentas, su propia recreación de un mito literario rescatado para el cine. ■

* Carlos F. Heredero es crítico de cine.

Otras versiones

—*Moby Dick* (EE.UU., 1930), dir. Lloyd Bacon.

Bibliografía (selección)

- Moby Dick*, Madrid: Susaeta, 1974, 1995 (adaptado e ilustrado).
- Moby Dick*, Bilbao: Gero, 1977 (adapt. K. Alkorta, edición en vasco).
- Moby Dick*, Barcelona: Juventud, 1981.
- Moby Dick*, Barcelona: Edicions 62, 1984 (edición en catalán).
- Moby Dick, la ballena blanca*, Barcelona: Molino, 1984.
- Moby Dick*, Madrid: SM, 1986 (ilustrado).
- Moby Dick*, San Sebastián: Kriselu, 1987 (cómic, edición en vasco).
- Moby Dick*, Barcelona: Planeta, 1992.
- Moby Dick*, Barcelona: Proa, 1993 (ilustrado, edición en catalán).